

POR LOS CAMINOS DE EUROPA

CARLOS

En nuestra sociedad estandarizada y aséptica, es difícil encontrar lo que yo llamo tipos interesantes. Encontraremos tipos patológicos, extravagantes forzados, excéntricos a costa de añadidos, pero pocos, muy pocos tipos interesantes. Pío Baroja tendría que dar muchas vueltas, antes de encontrar un individuo que se aviniera a su pluma.

Carlos, no lo dudé un momento, es interesante. Delgado, pequeño, de cara afilada, cuello inquieto y ademanes perspicaces. Venía de la calle, arrastrando con él un frío recreado en su inquieto personaje. Llevaba una estupenda gabardina, color crema desvaído, forrada con gruesa piel. Tras la gabardina, un jersey oscuro. Debajo, otro jersey, todavía más oscuro. En lugar de camisa, llevaba una especie de «sweater» negro, de cuello alto. Sobre su cuerpo reposaban las diferentes capas de sus prendas, como gama de matices en un prospecto de pinturas. Para mis adentros pensé que no se puede mantener una conversación seria con un individuo que viste gabardina forrada de piel, y lleva tres jerseys.

Sobre su nariz, se encuentran encajadas unas gafas diminutas.

Carlos, naturalmente, no ha consultado ningún oculista. Pero como notó un día que ya no veía tan bien, pues se agenció —Dios sabe cómo y dónde— unas gafas. Cuando se mira su cara chispeante y sonriente, uno se ve obligado a esperar de él un ¡mecachis!, entre jocoso y punzón.

Con su figura diminuta envuelta en multitud de prendas, Carlos recorre a lomos de su pequeño coche los muchos kilómetros que separan a sus feligreses entre sí. Porque Carlos es capellán de trabajadores emigrantes en Alemania. Le va bien el cargo, ya que Carlos ha dado muchas vueltas en su vida. Miembro de la Vieja Guardia, de joven luchó en las avanzadas republicanas españolas, tratando de pasarse a los nacionalistas. Después, recorrió las estepas rusas, con la División Azul. Más tarde, misionó por el Norte de Africa.

Quedó enamorado de Rusia, con sus horizontes iluminados por fuegos apocalípticos y estruendos de batallas. Todavía la añora. «¿Sabes por qué? —me dice—. Porque entonces era joven. La única verdad de la vida es la juventud. Todo lo demás es un juego de mentiras, en el que, más o menos, todos estamos de acuerdo. La juventud,

no: la juventud es ideal, es verdad, es vida.»

Yo pienso que Carlos, enfermo crónico y adolorido, ama la vida. Y combate sus dolencias con juventud. No le gusta nada estar solo. ¿Llora? Es posible. Pero hacia dentro. En cierta ocasión, por una carretera de Marruecos, sentía deseos de que el coche en que viajaba se estrellara. «Había vuelto a ver el sol» —me dice con toda sencillez.

¡Qué añoranzas no tendrá Carlos! Lo ha sido todo en su vida: político, cargador, policía, soldado, practicante... franciscano. Sí, Carlos es franciscano. Un franciscano que sustituye la casaca parda por una multitud de jerseys oscuros, que traduce el espíritu seráfico en una sonrisa abierta y maliciosa. Un franciscano sin convento, pero con un pequeño cochecito.

Carlos se morirá el día menos pensado, y nadie hará grandes aspavientos. Ya encontrará algún santo en el cielo, a quien contarle sus aventuras con la División Azul, o su intento de matar a un famoso personaje de los años treinta. «¡Mecachis! Pero qué frío hacía allá en la tierra». Y se empezará a quitar, uno tras otro, todos sus jerseys oscuros.

IGNACIO MARTIN BARO